

Peñarroya: Alvaro VEGA
Fotos: DE LA FUENTE,
enviados especiales

Andrzej y Mazgorzata Jakubowscy descendieron un día de un buque mercante en el puerto de Las Palmas de Gran Canaria con el firme propósito de no volver a pisar su patria: Polonia.

De allí recorrieron un largo calvario (Las Palmas-Madrid-Córdoba) hasta que llegaron a Peñarroya-Pueblonuevo. En abril hará dos años. Aquí empezaron una nueva vida y pusieron fin al drama social que, como todos los polacos, estaban viviendo.

Apenas cincuenta mil pesetas de sueldo, seis horas para intentar, sólo intentar, comprar los dos kilos de carne mensuales que tenían adjudicados en el racionamiento, o la insoslayable necesidad de vivir en casa de los padres de uno de los esposos son únicamente algunos ejemplos de sus sufrimientos.

«A los dirigentes polacos sólo les interesa la política, y no el país», señala el matrimonio Jakubowscy (Andrés y Margarita son sus nombres hispanizados). Ahora viven en Peñarroya, a 80 kilómetros de Córdoba, donde han formado, de nuevo, su hogar que la asfixia de la supervivencia les hizo romper.

Para Andrés existe una especie de maleficio sobre Polonia. El analiza su historia y observa cómo ésta es siempre el cuento de una ocupación más o menos velada. Ahora es la de la Unión Soviética. «No existe una cabeza polaca. Si los rusos dicen sí, los polacos dicen sí.»

El miedo al sable y la bota, la imagen checoslovaca y la consciencia de su propia flaqueza militar —«hay muchos militares rusos en los pueblos de Polonia vestidos con el uniforme de nuestro Ejército»—, son algunos, quizá de los más importantes, de los factores que empujaron a esta familia a caer en la desesperanza. Piensan que el futuro polaco es invariable. «Todos piensan que es mejor vivir así que no vivir.»

Tras más de seis meses de trabajo de Andrés en una empresa de sondeos carboníferos, les han concedido el permiso de residencia. Ahora van a luchar por conseguir la nacionalidad española. De momento su hijo Bartolomé está recibiendo educación en un colegio público y a sus cinco años domina el español mejor que el idioma de los padres. Quieren dejar de ser exiliados y disidentes.

Jarucelsky

Andrés viajaba junto a su mujer y su hijo en un barco mercante en el que desempeñaba las funciones de tercer oficial. Se enteraron del golpe de mano de Jarucelsky y al

llegar a Canarias desde Brasil optaron por solicitar asilo político. En un primer momento pensaron ir a Canadá, «porque era lo mejor de lo que conocíamos», pero las gestiones de la Cruz Roja los trasladaron a Peñarroya.

Con 35.000 pesetas viven durante el primer año. «Aquí, en Peñarroya, la gente nos ha ayudado mucho. Hemos vivido sin un duro.» A pesar de encontrarse con «otra cultura, otra vida, otra casa y otra calle», la adaptación no tiene casi ni período previo. Ahora viven y trabajan como unos peñarroyeros más.

Los Jakubowscy están contentos en España. Su país es muy rico. «Polonia es suficiente para los polacos — comenta Margarita—. Tiene de todo, lo que pasa es que no es bastante para abastecer a otros países, como es el caso de Cuba.»

Esto es vida

«En Polonia no hay vida. ¿Qué vida puede hacerse cuando lo que se cobra para un mes no llega para la comida? Allí no se va a restaurantes ni bares por falta de dinero y hay que esperar seis horas en una cola en la calle para comprar carne y, a veces, cuando llegas ya no queda.»

El nivel de vida en Polonia es bajísimo. Además, las condiciones en las que se desarrolla tampoco favorecen al despegue económico. Andrés cuenta que a los dieciocho años su padre le pagó el primer plazo de un piso, naturalmente comprado a la única empresa: el Estado, que no pasaba de los cuarenta metros cuadrados. Su expectativa de habitarlo lo eran no antes de los cuarenta años.

Margarita y Andrés, por mor de su exilio voluntario, han ido a parar a una localidad donde la riqueza minera hizo emigrar a muchos centroeuropeos. Quizá por eso sus

Andrzej parece un Walesa más delgado. Están contentos de vivir en España.

altas y delgadas figuras no destacan entre una población plagada de apellidos que sacados del contexto no harían pensar que se trata de una población andaluza.

Posiblemente por la sugestión y la identificación Polonia-dictadura-Papa-Walesa produce una primera impresión de que Andrés podría pasar por un Walesa algo más alto. Ella, Margarita, con su cercano 1,80, algo más baja que su marido, se ve integrada en el devenir diario del pueblo. Un simple paseo por él corrobora que ya forma parte de esta comunidad.

La cuestión política parece no importarles a los polacos. «Ahora el pro-

Fueron los primeros exiliados de un general polaco que, más que un golpe de mano, ejecutó un movimiento de marioneta. Ahora son los únicos exiliados andaluces de Jarucelsky. Viven en Peñarroya-Pueblonuevo, donde llegaron gracias a la Cruz Roja. Quieren ser españoles y, de momento, ya viven integrados en la sociedad de este pueblo a 80 kilómetros de Córdoba.



Llegaron huyendo del golpe del general Jarucelsky

Los exiliados polacos de Peñarroya-Pueblonuevo quieren ser españoles

blema es la casa y la comida. Cuando tienes solucionados los problemas no importa la política.» La falta de salida a estas cuestiones les llevó a «tomar una decisión para toda la vida».

Son católicos y no echan de menos su pueblo. «No pensamos tanto como al principio, porque siempre hemos tenido problemas de una u otra índole. Luego, cuando tengamos la vida clara, seguro que sí», afirma Margarita.

«Sin la ayuda de Ramón no tendríamos ni trabajo ni papeles», señala su marido. Ramón Lozano es el presidente de la asamblea local de la Cruz Roja y quien se hizo cargo del drama —ellos no ocultan que sufrieron un drama humano y que vi-

En la plaza de Peñarroya: sol andaluz contra la bruma del recuerdo polaco.

ven el del exilio hasta que alcancen la nacionalidad española—, «sin Ramón estaríamos peor que en Polonia».

Proyectos

Más adelante tienen pensado intentar cambiar de trabajo. Les atrae el mar y es lo único que encuentran que les falta en Peñarroya, ese mar que era el oficio de Andrés, en el que estaba postergado a ser toda su vida tercer oficial en un barco que hiciese las travesías más largas de los de su empresa.

La razón radica en su baja del Partido Comunista Polaco y el pase a engrosar las filas del hoy sindicato clandestino Solidaridad. Andrés exclama una frase determinante: «¿Quieres más? Hazte comunista.» «En mi profesión yo no podría llegar a ser capitán de barco sin ser del Partido Comunista.»

El sindicato de Walesa es «una cosa muy buena. Los polacos necesitan saber que existe una organización que quiere cambiar las cosas aunque no puedan. Lo que se pretende cambiar es la situación social, porque el sistema no se puede.»

Elogian la forma de ser de sus convecinos. Se extrañan de que al vivir una mala situación económica todos fuesen puertas abiertas y que el trabajo sólo ha influido en un desahogo familiar y no en el cambio de trato.

Aunque se asombran de esta solidaridad andaluza, afirman que los polacos también la practican. Les queda sólo la adquisición de la nacionalidad para dejar de ser los exiliados andaluces de Jarucelsky. Algún día, un niño rubio que hoy tiene cinco años jurará defender una bandera de un país que los acogió en su seno como si fueran sus propios hijos.